

NIÑOS DE LA BIBLIA.



NO Á TUS MANDATOS OBEDEZCO, SINO Á LOS DE DIOS.

XXXIII.

LOS MACABEOS.

Quando se hallaba puesta la estatua de Júpiter Olímpico sobre el ara sacrosanta del templo de Jerusalem, y cuando estaba impuesta pena de la vida al que guardase el día del sábado ó celebrase alguna de las festividades del culto judaico, difícil se habia hecho hallar entre los israelitas, quien prefiriese exhalar el último suspiro

Septiembre de 1849.

entre atroces tormentos, antes que infringir los preceptos de su ley. En aquellos tiempos en que solo el declararse judío era un título de proscripción, se presentaron delante del impio Antioco, cruel perseguidor de los israelitas, siete hijos de este desventurado pueblo, y no ciertamente los mas esforzados entre los varones resueltos á arrostrar la muerte, sino por el contrario, siete niños, la mayor parte de corta edad, é hijos todos de una misma madre. La mayor gloria de ésta era aquella prueba de fecundidad que en tanta estima tenían las matro-

TOMO III. 17

nas del pueblo de Israel, y no se le ocultaba el riesgo que corría de ver perecer ante sus ojos a todos aquellos hijos con tanto esmero educados, así que los satélites del tirano los llevaron a su presencia. Enfurecíale más a éste el menosprecio que se hacía de sus órdenes que la constancia de aquella familia en seguir el culto y las tradiciones de sus padres; así es que resuelto a vencer a toda costa la resistencia de aquellos niños, que tan oprobiosa era para él, desplegó a su vista un horrendo aparato de ollas y calderas de aceite hirviendo, y después de haberlos azotado cruelmente, les intimó, que si no abandonaban los ritos y prácticas de su ley, resignándose a comer los manjares que según ella les estaban prohibidos, allí había de arrojarlos hechos menudos pedazos. A semejanza y tan aterradora amenaza, contestó el mayor de los hermanos y a nombre de todos ellos:

—Dispuestos estamos a perecer hasta el último, antes que infringir las leyes de nuestro pueblo, que son las leyes de Dios.

Estalló entonces la cólera del tirano, que después de haber hecho que arrancasen la lengua al animoso joven, mandó que le cortasen los pies y las manos, que le desollasen la cabeza y que le arrojasen prontamente en la caldera, antes que exhalara el postrimer suspiro.

Semejante espectáculo llenó de horror a todos los circunstantes que fijaban sus ojos en la angustiada madre, que cubierta de una palidez mortal, ofrecía al cielo aquella primera víctima de su fé. En tanto los demás hermanos se exhortaban a morir, cobrando tal ánimo que el segundo ya insultó al tirano, diciéndole:

—Malvado, arráncanos la vida presente, que el Dios poderoso por quien padecemos nos dará en cambio la vida eterna.

Así fueron ofreciéndose gustosos a la muerte los demás hermanos, alargando al instante las manos y pies para que se los cortasen, ofreciendo gustosos su cuerpo y cuanto del Señor habían recibido, conociendo que

él podía, si así conviniese, volverlos a la vida, y animados siempre con la esperanza de una recompensa eterna. El sexto de los hermanos, cuando ya su débil voz revelaba su último fin, se volvió hacia el tirano y le dijo:

—Abusa de tu poder: puedes tan injusta y cruelmente ejercerle en nosotros, porque el Señor permite que padezcamos por nuestros pecados y los de nuestro pueblo; mas no creas que tu maldad ha de quedar impune; muy en breve, y con gran daño de los tuyos, sentirás el brazo vengador de la justicia divina.

Faltaba solo el mas pequeñito y el mas delicado de los siete hermanos, ante el cual el mismo rey se avergonzó, temiendo que todo su poder y todo su aparato de verdugos y tormentos, se habían de estrellar en la constancia de aquel niño. Temiendo pues, semejante resultado, varió con él de conducta, y atrayéndole junto a sí, empezó a hacerle caricias y a exhortarle con buenas razones, diciéndole también:

—Te juro, que como hagas lo que yo te mando, has de ser mi amigo y te he de colmar de dones hasta que seas muy rico y muy feliz.

Mas como el niño no hiciese mas que rechazar con sus manitas al tirano y fijar los ojos en su madre, mandó el rey a ésta que se acercase y la dijo:

—De siete hijos que tenias para consuelo de tu vejez, ya no te queda mas que éste. Pronto va a perecer, tan lastimosamente como los otros, si no le incitas a que obedezca mis regios preceptos.

Terrible fué la espresion con que miró al rey aquella desventurada mujer; mas reducida a la resistencia pasiva de los mártires, se volvió hacia su hijo y le dijo con blandura:

—Serás tú, hijo mío, el único que por temor de los verdugos y de vanas amenazas de los hombres, degeneres de la fortaleza de todos tus hermanos y te olvides de lo que debes al Supremo Señor, criador de cielos y tierra?

El niño que no necesitaba estímulo, entusiasmado con las palabras de su

madre, empezó á pedir la muerte con heroica resolucion, y dijo al tirano:

—No á tus mandatos obedezco, sino á los que Dios nos comunicó por medio de Moisés.

Cuando Antioco el triunfador en tantas batallas y el vencedor de tantos pueblos, se vió allí vencido y humillado por aquel tierno niño, se puso fuera de sí á impulsos de la cólera y de la mas violenta indignacion, é incapaz de conocer la grandeza de alma de aquel niño, mandó que su muerte fuese mas cruel aun que la de sus hermanos, si es que esto era posible en tanto refinamiento de crueldad.

Espiró el último de aquellos gene-

rosos atletas y la que les habia inspirado aquel sublime valor, la triste madre, solo sostenida por su espiritu, levantó sus ojos al cielo, y exclamó:

—Ahora ya no temo la flaqueza de mi corazon.

En seguida, ansiosa de verter su sangre por su religion y de ocupar un sitio en la gloria junto á sus heroicos hijos, fué á ofrecerse al suplicio horroroso, y sin embargo, bien leve para ella en comparacion del que por siete veces consecutivas acababa de sufrir al contemplar y apreciar en su imaginacion el martirio de sus queridos hijos.

F. F. VILLABRILLE.

HISTORIA DE ESPAÑA RECREATIVA.

XV.

WAMBA.

(Continuacion.)

A la toma de Narbona siguió la de otros puntos fortificados de aquellas cercanías, y Wamba, un tanto satisfecho con semejantes derrotas se encaminó hácia Nimes con fundadas esperanzas de obtener iguales resultados; quiso, sin embargo, antes de presentarse al frente de la ciudad rebelde, ver si sus generales podian solos ganar la victoria, y se quedó á cierta distancia de Nimes, en tanto que cuatro de sus mas acreditados capitanes sentaban sus reales frente á los muros de la poblacion antagonista. Con treinta mil hombres de combate, las máquinas correspondientes para el asalto y la mas pronunciada decision por parte de sus huestes, creyeron que los sitiados se rendirian fácilmente; mas este vaticinio no fué exacto,

porque los sitiados, no menos resueltos á la mas obstinada defensa, esperaron al enemigo con aquella tranquilidad que infunde en los ánimos la esperanza del vencimiento.

Dióse la terrible señal, y sitiados y sitiadores rivalizaron en obstinacion y braveza: últimamente, llegó la noche y aun no estaba decidida la victoria, por ninguno de los ejércitos beligerantes, si bien los de Nimes se la apropiaron, fundándose en que las tropas del rey Wamba habian sido las primeras en tocar á retirada; mas esta circunstancia, lejos de ser una señal de derrota, fué un verdadero aplazamiento para el siguiente dia, en el que debia terminarse la comun contienda.

Aquella misma noche un soldado de Nimes, con intento, segun parece, de atemorizar á las tropas reales, subió á lo alto de una torre que estaba cerca del muro, y despues de haber reclamado con grandes gritos la atencion de sus contrarios, dijo estas palabras:

—Atended, vosotros que ciegameis os obstináis en defender al viejo Wamba; esperamos un grande refuerzo de alemanes y franceses, con cuyo

auxilio vais á ser prontamente derrotados.

«Pequeñas ocasiones á las veces, dice Mariana, suelen en la guerra hacer grandes mudanzas.» Con efecto, este fué un ardid fraguado por el artero Paulo, que por algun tiempo correspondió al intento que este traidor se habia propuesto al propagar aquella falsa noticia. Wamba, que no se hallaba muy distante de aquel punto, supo al momento lo que pasaba; pero el rey, lejos de intimidarse, reunió una hueste de diez mil hombres, que tenia reservada por si ocurria un lance de esta naturaleza, montó á caballo, y se dirigió á hacer frente á los rebeldes de Nimes. En llegando formó todo su ejército, y le arengó diciendo, que no temiese á sus contrarios aunque fuesen superiores en número, pues que este no es el que vence, sino el valor y la fé en la justicia de la causa que se defiende.

Paulo por su parte, convocó tambien á sus tropas y las estimuló á que se defendiesen, hasta derramar la última gota de sangre, lo que indudablemente contribuyó á reanimar el ardor un tanto amortiguado de los reboltosos, con la presencia de los sitiadores, que aparecieron en mas crecido número, seguidos de su animoso rey.

Dióse la señal de acometida, y comenzó la encarnizada pelea, la cual duró mucho tiempo, y hasta bien entrado el dia estuvo dudoso el triunfo por ambas partes, mas últimamente los cercados dieron visibles muestras de desaliento, al mirar la osadía de sus enemigos á pesar de las saetas y demas armas arrojadizas con que eran recibidos al emprender el asalto.

—Estos godos no son cobardes, Paulo, gritaban los de Nimes.

Paulo recorria los muros con la espada en la mano, y gritando:

—Animo, no hay que desmayar, pues la victoria será nuestra.

Conociendo Wamba que sus contrarios temian ya ser vencidos, se colocó resuelto entre las filas de los asaltantes, arengó de nuevo á sus soldados; y estos al observar la impavi-

dez del anciano monarca redoblaron su furia y precipitaron el momento del asalto. Mientras unos ponian escalas y subian á las murallas, otros quemaban las puertas de la ciudad, en la cual consiguieron entrar los sitiadores; pero los sitiados no por eso dejaron de hacer frente á las tropas reales, con las cuales sostuvieron una encarnizada y duradera lucha en las mismas calles de Nimes. No obstante, lo mejor del combate pertenecia siempre á las tropas de Wamba, y aquellos de las filas contrarias que pudieron escaparse se acogieron al anfiteatro con esperanzas de mantenerse alli firmes hasta lograr del enemigo condiciones favorables que los libertasen del grande peligro que corrian.

Mas antes de conseguir su objeto, los vecinos de Nimes, ora porque mirasen á las fuerzas de Paulo como causadoras de sus desdichas, ora por atraerse la benignidad del injuriado rey, volvieron sus armas contra el ejército vencido, al cual persiguieron con furor y á muchos pasaron á cuchillo sin piedad.

Paulo que tambien se habia refugiado en el anfiteatro esperaba que una horrosa muerte pondria término á su desgracia; pero la irritada plebe aun cuando tuvo ocasion de matarle, le dejó vivo contentándose con dar muerte á uno de sus mas fieles servidores que estaba á su lado en el momento en que ambos subian los escalones del anfiteatro.

Vino la noche, y á favor de su grande oscuridad, el caudillo rebelde se despojó de todas sus insignias reales, y llamando á varios de sus mejores compañeros les dijo:

—Venid, amigos mios; salvémonos del justo castigo de Wamba.

—¿Dónde nos llevas, preguntó cierto soldado de los que le seguian.

—Seguidme, repuso Paulo.

Y sin perder tiempo, los llevó á uno de los sótanos mas recónditos de aquel edificio, donde creyó no ser encontrado nunca. Refiere la historia, que pasó alli una noche mas cruel, que habria sido la misma muerte. Al amanecer del otro dia, la poblacion entera,

resuelta á ponerse á merced del vencedor, llamó al obispo Argabando, de cuyo prelado exigieron los vencidos que se presentase á Wamba, y en

nombre del pueblo implorase el perdón y olvido de lo pasado.

Como era natural, el ilustre prelado accedió á la súplica popular y reves-



SEGUIDME, REPUSO PAULO.

tido con sus insignias pontificias, pasó en busca del monarca, á quien halló en su tienda, no lejos de la ciudad vencida.

Wamba al verle entrar se levantó del asiento donde á la sazón reposaba; el obispo se postró de rodillas, mas el anciano rey se apresuró á levantarle diciendo:

—Alzad, noble prelado; ¿qué hacéis?

—Justo es que el intercesor, respondió el prelado, se olvide por un momento de la dignidad que tiene en la tierra, y se presente sumiso para implorar el perdón de ofensas cometidas.

—Con todo, repuso Wamba, levántate y habládme, que os escucho.

El prelado se levantó y con acento

suplicante y derramando abundantes lágrimas, hizo al rey el siguiente razonamiento:

—Escucha, Wamba: sé esta vez, clementísimo rey, y olvida los errores de una obcecada multitud que no supo comprender los nobles designios de tu conciencia, y se puso al lado de la traición. Los vencidos no piden enteramente el perdón de sus yerros, sino únicamente suplican que seas moderado en el castigo á que los culpables se hicieron acreedores, y que por lo mismo que reconocen sus faltas y se arrepienten de haberlas cometido, creen merecer de tu parte alguna templanza. Nunca se engrandece tanto un corazón como cuando se pulta en el olvido fundados resentimientos, y se manifiesta benigno há-

cia los mismos que le ofendieron: el Dios á quien adoras y que reverenciamos todos, te da de esto un ejemplo al espirar en el santo madero de la cruz. Alarga tu mano poderosa, y levanta con dolorido á esa miserable gente que sumisa y arrepentida, espera con misericordia de tus buenos sentimientos.

Wamba despues de haber escuchado atentamente al obispo, puso la mano sobre su seno, y respondió lo siguiente.

—Mi corazón, noble prelado, es en extremo compasivo y clemente, y jamás desatiende la voz del verdadero arrepentido. Perdono la vida á los culpados, pero deseo al mismo tiempo que las leyes no se conviertan en nuestro suelo en una mera fórmula, y que no quede impune la maldad; usar de modo contrario, prestaría ocasión á los malos para reincidir, confiados en la clemencia del soberano, que guiado por los nobles impulsos de su corazón quebrantaría el rigor de las leyes.

—¿Qué intentas, entonces? interrumpió el obispo.

—Oído: que solo los principales investigadores de la rebelión paguen con sus cabezas el atentado.

—No, no, rey clemente, contestó Argabando, sea el perdón estensivo á todos; ninguno pague con la vida, y si quieres todos serán castigados, pero con la templanza digna de un rey como tú; generoso y prudente.

En suma, tantos y tan reiterados fueron los ruegos del obispo que al fin arrancó el perdón de las vidas de todos los principales delincuentes. El rey Wamba ofreció que no se derramaria mas sangre. El obispo entonces no pudo contener su alegría y salió de la tienda con los brazos abiertos, y dijo

á varios que estaban fuera y que le habian seguido.

—¡Viva Wamba! ¡Su clemencia ha sido grande! Corred, amigos míos, volad á Nîmes, y anunciad llenos de gozo que Wamba, el generoso Wamba, ha ofrecido solemnemente perdonar la vida de los culpables.

Esta comitiva, cuando oyó las consoladoras palabras del obispo, tampoco pudo contener su alegría, y un movimiento espontáneo la impejó á hacer frenéticas demostraciones de júbilo, y victoreando á Wamba, corrió hacia Nîmes deseosa de entrar en la ciudad, y participar la feliz nueva; este rasgo de clemencia del mejor de los reyes godos. El obispo Argabando volvió á penetrar en la tienda, y abrazó á Wamba, y llorando de gozo le decía:

—Sé dichoso en la tierra, y el cielo te conceda una vida prolongada para felicidad de nuestra pobre nación.

—Vuestros deseos, dijo Wamba entristecido, revelan los sublimes sentimientos de vuestra alma; pero el viejo Wamba no permanecerá largo tiempo en el trono; tengo este fatal presentimiento. A pesar de mi clemencia, los enemigos de la justicia siempre me aborrecerán.

—No es posible, repuso el obispo.

—Ánde el tiempo, y lo veremos, respondió Wamba.

—Ahora preparémonos, y haz en Nîmes tu entrada triunfal, y verás un pueblo gozoso y reconocido que te recibe entusiasmado.

—Partamos, dijo Wamba saliendo de la tienda.

Con efecto, salió, y las tropas godas que le acompañaban, se pusieron en órden para emprender la marcha y entrar triunfantes en la ciudad de Nîmes.

(Se concluirá.)

I. A. BERMEJO.

COSTUMBRES ESPAÑOLAS.

DEL LANGUAGE PRIMERO

DE LOS NIÑOS,

Y DE SUS JUEGOS PUEILES DEL PAPASAL,
LAS MONJITAS Y DE LAS CASITAS.

Papa, mama, tata dice
El niño que empieza á hablar,
Y yo al verte, tata mía
Empiezo á balbucear.

(VARGAS CASTELLANOS, cancion).

Nace el hombre mudo, si así puede considerarse el que solo esplica por medio de interjecciones, mas ó menos fuertes, sus deseos y los afectos del dolor y de la alegría, hablando solo con sus ademanes é inquietud al corazon de una madre, cuya cariñosa inteligencia es el mejor y mas sábio intérprete de aquel language infantil. Empero tan pronto como se va formando la primera inteligencia que se sigue á la simple sensacion, las interjecciones varian de sonido, y queriendo imitar los niños lo que oyen repetir á los que les cercan, van articulando palabras inconexas é incompletas que no por serlo dejan de comprender los que les cuidan y miman. Todo niño rompe á hablar saludando á los autores de sus dias, llamandoles *papa y mama*; y como para espresar su gratitud á la que les acaricia y entretiene mas generalmente, llaman *tata* (chacha dicen despues) á la niñera, dando tambien el nombre cariñoso de *mama* á la nodriza cuando su verdadera madre no les amamantó por sí misma. Esta costumbre está basada en la naturaleza, sábia maestra del hombre en todas las cosas, y por lo tanto siempre fué y será lo mismo, sin variacion alguna, lo que ataña al género humano antes de que el arte le empiece á dirigir por las siempre es-

tudiadas y perecederas reglas porque se guia la humanidad, ya en la rusticidad de los pueblos en que no ha penetrado ó es escasa la educacion, ya en los que la antorcha de la ilustracion aclara un poco las densas tinieblas de la ignorancia, que siempre y por do quiera rodean á los débiles mortales. Las espresadas palabras han sido el language universal de los niños en la cuna y será el mismo hasta la consumacion de los siglos, puesto que Dios quiere ser honrado por sus ángeles en la tierra, y que sois vosotros inocentes niños, en la salutacion paternal que les haceis al dirigiros á los cariñosos autores de vuestros dias por su divina gracia.

Que los griegos y los romanos empezaron así su lenguaje infantil, nos lo han dejado consignado sus autores, y por lo tanto lo hallamos en *Aristofanes* cuando dice en su comedia *Lusci-trata*.

¿Heus tu pusille *non vocabis Mammia?*
¡Puell! ó *mamma, mamma* ó *mammia?*

El viejo *Caton* en su libro de la educacion de los niños hace tambien mencion de estas voces, así como *Platon* en la *Mostellaria* cuando dice:

Ecquid videor tibi mamman adire.

El epigramático *Marcial* que se burla perfectamente en sus epigramas, de todos los vicios, dijo de una vieja que á fin de parecer niña llamaba á todos *mamas y tatas*:

Mammæ atque talas vocat Afræ; sed ipsa tatarum
Dicit, et mammarum maxima mamma potest.

Cuyo epigrama tradujo Rodrigo Caro del modo siguiente:

Tatas y mamas á todas
 llama la señora Afra,
 Dice bien, que es visabuela
 De las tatas y las mamas.

Ciertamente que si viviera *Marcial* en nuestro siglo, tendria dobles motivos para sus epigramas que en su época, puesto que en nuestra sociedad se perpetua, en todas las edades, el lenguaje pueril de los niños, distinguiéndose por el que aquí nos ocupa, la categoría y clase de las personas, puesto que está admitido, en la educación fina y esmerada, el que llamen *papá* y *mamá* á los padres los hijos, desde la clase media á las de mayor elevación, aun cuando se hallen casados y con nietos, al paso que hacen uso de las voces *padre* y *madre* las gentes del pueblo. En multitud de lápidas sepulcrales romanas, se hallan las espresadas voces pueriles formando bellas y elegantes oraciones fúnebres.

Pasando ahora á hacernos cargo de los juegos pueriles de que hemos anunciado trataremos en este artículo, diremos, que entre los que mas divierten á los niños en los crudos días y largas noches del invierno, deben contarse los conocidos con los nombres de *Papasal* y de las *Monjitas*. Hablando del primero, dice la Real Academia de la Lengua Castellana en su diccionario con referencia al P. Terreros, y al licenciado Cobarruvias en su Tesoro de la Lengua, que es cierto juego con que se divierten los niños haciendo unas rayas en la ceniza, y que al que le yerra, se le da en castigo un golpecito con un paño de ceniza debajo de la barba, á cuyo paño llaman *Papasal*, voz que por otro lado se dice tambien de cualquiera cosa insustancial que sirve de entretenimiento. Empero como la Academia al definir el juego, nos deje á oscuras sobre el método de jugarle, bueno será que le dejemos consignado aquí para que le aprendan los niños que no le sepan.

Consiste el juego en trazar sobre ceniza unas rayas largas, una mayor que las demas, á cuyo fin se describe un círculo en figura de ojo: tapados los ojos de uno de los muchachos que

juegan, tiene que adivinar, señalando con un puntero, quien es el papasal, nombre que dan á la raya mas larga, y cuál es el ojo de buey, que es el círculo. Si no acierta á señalarle, le castigan tiznándole la cara con un carbon, cuyo tizonazo causa la risa de todos los jugadores, y aun del mismo penado, cuando algun incidente de mal humor no interrumpe la alegría: en otras partes, en vez de el tizon, consiste el castigo en dar con el papasal en la garganta ó en el rostro, formándose éste con una muñequita henchida de cisco ó carbon machacado de modo que deje manchado de negro en donde toque. De este juego, propio de los muchachos del pueblo y de las aldeas en que se reúne la familia al lado del hogar en el invierno, hallamos ya mención en los autores antiguos, entre ellos Petronio; pero quien le describe perfectamente es el Baptista Mantuano en su Egloga *G. Candidus* cuando dice:

Fune jubet hiernos nocta vigilare decembris
 Aute locum, et Cineri ludos innarrare bacillo.

De este antiguo juego, debió originarse el de las Monjitas con que nos han entretenido en nuestra infancia, y que tanto divierte hoy á nuestros hijos. A este fin, se enciende un papel á la luz de la vela, velon ó quinqué con que se alumbraba la estancia, y dejándole que arda en el suelo ó sobre un plato, luego que queda reducido á pavesas, se ven en éstas unas chispitas de lumbré que se van muriendo unas tras otras, á las cuales llaman monjitas los muchachos, dando el nombre de abadesa á la última chispa que queda. Mientras que se van apagando las chispas, cantan los muchachos con un sononete monótono la siguiente estrofa:

Todas las monjitas
 se van á acostar,
 la madre abadesa
 se queda á cerrar.

Y luego que la última chispa se apagó, se soplan unos á otros las pa-

vesas con grande algazara, hasta que desaparece todo vestigio de quema, en cuyo concepto vuelven á empezar la diversion, quemando otro papel. Como las abuelitas y gente anciana estén en la persuasion de que los niños que andan encendiendo papeles se orinan sin sentirlo en la cama la noche que lo hacen, de esta opinion nace el que no dejen practicar muy frecuentemente este juego á los niños, y de que estos procuren ejecutarle á escondidas de las que pueden prohibirsele, lo que suele tener malas consecuencia por lo fácil de que se quemen ó lastimen, ó de que originen un fuego, razon por lo que les aconsejamos no le jueguen sino delante de sus papás ó ayos, y á estos que les ayuden en él, para que no le hagan en su ausencia con peligro que pueden evitar solo viéndoles jugar. Tampoco es nueva esta variacion del Papasal, puesto que hallamos en *Polidorió Virgilio*, que los muchachos romanos jugaban una cosa muy parecida con hojas secas de vid ó de otra planta pagando un premio todos los jugadores, al que conservase mas tiempo fuego en la hoja que le pertenecia, á cuyo juego denominaron *ludus fumigacionibus*.

Costumbre es muy usada de nuestros muchachos desde que empiezan á divertirse, el fabricar casitas ó castillejos de naipes, de papel, de libros, tejas ó cantos, en cuya tarea se hallan sumamente divertidos y ocupados, consistiendo su mayor placer en derribar de un golpe lo que tanto tiempo y trabajo les costó hacer, á fin de volver á ejecutar lo mismo para lo mismo. Imitando en esto los muchachos en su laboriosa tarea, á aquella famosa tela de *Penelope* muger de Ulises que jamás se concluia, porque hacia lo mismo que ellos para tener entretenidos á sus amantes que aguardaban con impaciencia se concluyese la tela, porque era el término que habia pedido para elegir marido entre los pretendientes que la obligaban á contraer un matrimonio, creyendo muerto á su esposo el espresado sabio rey de Itaca, padre del famoso *Telé-*

maco. Grande antigüedad es preciso conceder á este juego, puesto que ya en tiempo de Homero, era conocido, atendiendo á que se lee en la *Iliada*:

Ædificare cassas, equitare in arnadrine longa.

Hace referencia tambien á este juego pueril el sapientísimo *Séneca* en su libro de *Constancia Sapientii*, y lo propio hacen Luciano en el diálogo *Hermosísimo seu de sectis Aristófanes* en la comedia de *Naves y Tibulo*, cuando dice:

Turbaque vennarum saturibona signa coloni. Laudat, et es Virgis extruit arte cassas.

Otros muchos autores de la antigüedad pudiéramos citar con sus correspondientes textos sobre este juego infantil, no bastando los indicados para manifestar su antigüedad, solo observaremos que hemos notado ser mas aficionados á este juego los niños que las niñas, lo que se puede deducir, de que siendo el último punto de él una imagen de la guerra en el ataque que se da á las plazas y fortalezas, es mas propio del génio belicoso varonil, que del delicado carácter y debilidad del bello sexo. Segun el poeta que escribió la vida de la ilustre española gloria del pueblo de Madrid, *Santa Teresa de Jesus*, tuvo esta sierva privilegiada del Señor, en su niñez, por su mayor diversion, el hacer casitas de papel, y con libros ó tejuelas, valicinio, segun el autor de las que habia de edificar despues de la orden del Carmen. Dice asi el poeta.

Tomó en ella unas tejitás,
Y unas con otras compuestas
Levantaba unas casitas
Entre los árboles, puestas
Como en los montes ermitas.
Dió este ejercicio el cielo
Y casitas dió en labrar,
Pronóstico que en el suelo
Habia de edificar
Las ermitas del Carmelo.

En las rimas sacras del famoso poeta Lope de Vega Carpio, hallamos

también descrito este inocente juego en un epicedio á su hijo Felix, y en no pocos de nuestros poetas y escritores dramáticos y liricos, se ven mencionadas las casitas de naipes ó de tejitas como una de las mas gustosas diversiones de los niños, diciendo con respecto á ella el insigne Quevedo:

Un castillejo hace Anton
De naipes, sobre una criba;
Sopla Blasa por lo bajo
Y el castillejo derriba...

Las barajas que ya no sirven para jugar, son patrimonio entre nosotros, de los niños, que las destinan á este juego, siendo muy entretenido el verles formar con ellas, no solo casitas y

castillos, sino que tambien grandes campamentos con sus tiendas de campaña y aun palacios y ciudades que han de concluir su efimera existencia ya ha soplidos, mágicas bombas que bastan para destruir estas fortalezas, ya á capirotaños que las arruinan completamente lanzando sus muros y parapetos á grandes distancias. Los niños y los padres de familias que nos lean, no podrán menos de recordar con gusto las muchas veces en que se habrán hallado, ya como actores, ya como espectadores en tan terribles ataques, en que un solo capirotaño bastó para concluir con una terrible fortaleza ó con una estensa y grande ciudad de..... naipes.

B. S. CASTELLANOS.

ESTUDIOS RECREATIVOS.

EUSTAQUIA.

I.

En una de las mas risueñas comarcas de la pintoresca Italia, de este jardin de la Europa, vivia en el siglo XVI una familia noble y de alta antigüedad. Una magnífica casa de campo situada en las márgenes del Garigliano, le servia de residencia. Allí, alejada del tumulto de las grandes ciudades, que son tambien con frecuencia el teatro de las grandes pasiones, veia pasar los dias apacibles y dichosos en la práctica de aquellas virtudes tan dulces que hacen la felicidad del hombre, cuando son animadas por la religion. La mas admirable armonía reinaba entre los miembros de esta familia tan afortunada, la que por otra parte gozaba igualmente de todas las ventajas propias á asegurar la dicha y el contento.

Un nacimiento ilustre, y talentos distinguidos abrieron el camino de los honores y de las dignidades, á José de Almaro (este era el nombre del jefe de esta casa); pero aquel noble

señor no habia visto en el brillo de la grandeza mas que una ocasion de ser útil á su pais y á la humanidad, y jamás se servia de su elevada posición, para pensar en su fortuna particular. Se habia casado con una joven señorita de una grande virtud, y que reunia en su persona todo lo que puede constituir la felicidad de un esposo. Camila, así se llamaba su esposa, dió á luz á dos encantadores niños, Francisco y Eustaquia.

Mientras que Almaro estaba ocupado de los asuntos del Estado, conoció que la intriga y el favor anulaban á menudo la justicia; creyó de su deber levantar la voz para impedir estas odiosas maniobras; llamó la atención del principe acerca de las injusticias que se habian cometido; mas este último, estaba prevenido de antemano contra él por algunos cortesanos diestros que pintaron á Almaro como á un hombre demasiado severo, y de una austeridad feroz, y no conveniente al cargo que desempeñaba. Engañado con tan falsas relaciones y añadiendo una fe ciega á cuanto se propalaba respecto á la conducta del fiel y leal Almaro, el principe le privó

de su empleo, y le desterró á su posesion sia querer escuchar su justificacion.

Almaro y su esposa, lejos de clamar contra esta desgracia, dieron gracias al Señor por haberles proporcionado la ocasion de vivir en el retiro, y no cesaron de dirigir al cielo sus súplicas por la prosperidad y conservacion del monarca. Almaro consagró todo su amor á sus dos hijos, á los cuales hacia mucho tiempo que deseaba educar, y Camila se ocupó de los asuntos domésticos, y el padre de la educacion de sus niños.

La vida que esta familia tan amable disfrutaba en las margenes del Garigliano, no fué en un principio turbada por el mas leve incidente; ambos esposos, sinceramente unidos á la religion, rivalizaban en celo para inculcar en sus hijos, ya con sus palabras, ya con sus egemplos, los principios del cristianismo, base de la verdadera dicha y manantial de los mas puros consuelos. Francisco y Eustaquia correspondian con amor á los esfuerzos de sus padres, la jóven Eustaquia se distinguia especialmente por sus precoces virtudes, y aunque no tenia mas que diez años, mostraba ya tantas disposiciones para el bien, que se la consideraba como un modelo de virtudes. La religion era el alma de toda su conducta, y la que animaba sus palabras y sus menores empresas. La inocencia y la bondad se veian pintadas en su rostro angelical; con la edad se desarrollaron sus brillantes cualidades; todo anunciaba en ella, la modestia de la virgen cristiana; todo parecia ennoblecido por el candor de cierta timidez que le imprimia un encanto inespliable: los habitantes de la aldea inmediata que dependian del castillo, la llamaban su ángel consolador pues todos los aldeanos la habian visto distribuyendo grandes limosnas; sus padres la llamaban su hija querida, y Francisco su tierna hermana.

Seis primaveras trascurrieron en una felicidad, que Almaro y Camila consideraron como un verdadero favor del cielo, cuando sonó la hora fatal de los sufrimientos. La maledicencia tramó

desde lejos la perdicion de los esposos, y el infierno segundo la obra odiosa.

Era el aniversario de Eustaquia, esto es, el dia en que cumplia diez y seis años. La noble familia se habia reunido en el salon y se entregaba á aquellos dulces desahogos, frutos de la paz y de una conciencia tranquila: todos saboreaban las delicias que experimentan las almas puras en medio del contento que nace de la sumision á la voluntad de Dios y de la confianza en sus bondades, cuando Francisco, cogiendo la guitarra, dijo á su hermana.

—Eustaquia; tú eres hoy la reina de la fiesta; se te ofrecen regalos y flores; ahora tú por tu parte, danos una cancion; pulsa las cuerdas de la guitarra y manifiéstanos tu habilidad en el arte de la música:

Y Eustaquia hizo vibrar las cuerdas de su instrumento y cantó una bonita romanza; pero al terminar la ultima estrofa se abrió la puerta de repente con estrépito. El marqués Ricordamo, y el amigo mas verdadero de Almaro, entró y exclamó con voz agitada:

—Salvaos, amigos míos; fugaos, pues os amenaza una grande desgracia.

Pero apenas fueron pronunciadas estas palabras, cuando el castillo del noble señor se vió invadido por muchos soldados.

El espanto se apoderó de toda la familia, y únicamente Almaro, cuya conciencia nada le acusaba, conservó su sangre fria y esperó el resultado de cuanto pasaba. Ricordamo, que desgraciadamente no habia podido prevenir mas pronto á su amigo para libertarle de este peligro, se escondió temiendo que su presencia fuese mal interpretada.

En el mismo instante, un oficial seguido de algunos hombres armados entró en el aposento, y anunció á Almaro que tenia orden de prenderle, asi como á su familia, y de conducir á todos sobre la marcha al lugar de su destino. No concedió á esta familia infortunada, ni aun el tiempo de tomar alguna ropa ó dinero, sino que hizo que subiese Almaro á un carruaje acompañado de Francisco; Camila y Eustaquia fueron

conducidas temblando y llorosas á otro, y partieron al instante para que no supiesen esta nueva las gentes del castillo y los vasallos de la aldea.

Los carruages se cerraron cuidadosamente, cubriéndolos con un ancho paño azul para impedir que penetrase en ellos el menor rayo de sol, y hombres á caballo los escoltaban sin perderlos de vista un momento.

El viage habia ya durado cerca de cuatro dias, durante los cuales los viajeros no se detuvieron mas que el tiempo necesario para tomar un poco de alimento, cuando el carruage, en el cual se encontraban Camila y Eustaquia, al bajar con una rapidez espantosa por un terreno escarpado, cayó á tierra una de las ruedas, y se vieron obligados á suspender el viage para examinar el daño; pero mientras la gente aparecía ocupada en derredor del carruage, la portezuela se abrió muy despacio por el lado opuesto á donde estaban los trabajadores, y un hombre envuelto en una capa dijo en voz baja á la esposa y á la hija de Almara:

—Bajad, señoras, y escondeos en ese bosque; dirigios hácia la izquierda sin deteneros antes que aparezca el dia.

Camila cobró ánimo, y creyendo que su esposo y su hijo habian conseguido tambien salir de las manos de sus opresores, bajó del carruage con Eustaquia, y se encaminó hácia el bosque; era de noche.

—¡Adios, las dijo su libertador, Dios os favorezca!

Las dos fugitivas hubieran querido dar gracias al hombre generoso que las habia libertado; mas no fué posible, pues la menor tardanza las hubiera comprometido; penetraron, pues, en el bosque, siguiendo la direccion que se les habia indicado, y caminaron toda la noche. Cuando por fin apareció el sol en el horizonte, se encontraron en un pais desconocido, pero muy agradable; un pueblecito se veía al pie de una montaña; Camila habia esperado á su esposo y á su hijo; mas estos no venian: Eustaquia se fatigaba de sed y de cansancio; su madre, que

se habia hecho una pequeña herida en el pie, atravesando el bosque no pudo andar mas tiempo, y ambas se sentaron tristes y silenciosas sobre la yerba para descansar.

A cierta distancia del sitio donde se habian sentado, algunas plantas acuáticas y muy crecidas anunciaban la cercanía de un arroyuelo; Eustaquia se separó de su madre para satisfacer su grande sed, y encontró efectivamente el manantial que corría encima de la roca tapizada de musgo, y que caminaba serpenteando á llevar mas lejos su onda pura y cristalina. Ya habia refrescado la jóven señorita, y se dirigía á reunirse con su madre; pero el hambre las atormentaba tambien, y Eustaquia pidió permiso para recorrer el bosque y buscar algunos frutos silvestres. Camila consintió, pero no muy gustosa; mas teniendo la misma necesidad de comer, dejó partir á su hija recomendándola que no se alejase demasiado.

Eustaquia penetró en lo mas espeso del bosque, y no encontrando frutos continuó su curso y se perdió; mientras mas esfuerzos hizo para salir de aquel embarazo, mas agravó su posicion. No sabiendo á que parte dirigirse para reunirse con su madre, comenzó á gritar, y llamó muchas veces á Camila: ¡madre mia!... Esperó largo tiempo, y no recibió respuesta.

De repente oyó gritos, y antes de haber podido reconocer de donde partían, ve que llegan hácia ella cuatro individuos armados que la rodeaban diciendo:

—¡Hela aqui, hela aqui! Es ella!

Eustaquia se defendió, pero aquellos hombres, ataron sus manos á la espalda y la sacaron fuera del bosque metiéndola en un carruage: conoció que era el mismo en que habia estado el dia anterior con su madre. Los hombres iban á montar á caballo y á partir, pero antes la preguntan que donde está su madre; la amenazan, la llenan de vituperios, pero Eustaquia guarda silencio y no contesta mas que con lágrimas. Viendo que todos los esfuerzos son inútiles para arrancar una palabra á esta jóven, uno de los caballe-

ros, sospechando que Camila y Eustaquia se habían perdido en el bosque sin haberse podido encontrar, se destacaron varios hombres para buscar á la madre; pero trascurrieron muchas horas al cabo de las cuales volvieron, anunciando con espantosos juramentos que no habían podido dar con Camila. Eustaquia bendijo al Señor por haber salvado á su tierna madre, y un instante despues partió nuevamente el carruaje.

Hacia un calor extraordinario, y Eustaquia sufría cruelmente en el carruaje: mil y mil pensamientos la atormentaban, y experimentó dolores tan violentos originados por el excesivo calor y por la privación del aire puro, que estuvo á punto de perder el conocimiento. Pidió un vaso de agua, pero aquellos hombres bárbaros no pusieron atención á lo que pedía. En su ansiedad la pobre señorita se encomendó á Dios, y se consoló con el pensamiento de que su divino Salvador, enclavado en la cruz y entre dos ladrones en el monte Gólgota, también había sufrido sed y que solo le dieron hiel y vinagre.

El viage continuaba con estremada celeridad, y se presagiaba que el término debía ya estar próximo.

En fin, á la caída de la tarde de aquel día tan penoso, se paró el carruaje: permitieron á Eustaquia bajar algunos minutos; la dieron de comer un poco de carne fiambre, y cuando los caballos hubieron descansado se volvió á emprender el viage. Eustaquia al entrar en el carruaje vió en un rincón una botella con agua, dos limones y una naranja: el viejo soldado que le ayudaba á subir indicó con el dedo estos objetos, y la dijo en voz baja para no ser escuchado:

—Ahí teneis con que refrescar, buena señorita. No desanimaos; poned vuestra confianza en Dios y estad segura que no os abandonará.

Este hombre cuyo exterior era duro y feroz, parecía malo é intratable; una barba espesa daba á su fisonomía una espresion salvaje, y sin embargo, tenía un corazón bueno y sensible. Eustaquia le dió gracias poniendo la mano sobre su corazón. Volvió á to-

mar su puesto y sus lágrimas corrieron á vista del compasivo viejo militar; conoció en esta benévola atención, cuanto suelen engañarnos las apariencias, y no pudo menos de hacer algunas reflexiones en este sentido. Esprimió al instante el jugo de uno de los limones en el agua y se halló aliviada con este brevage. «Es necesario, decía, estar en una posición semejante á la mía para sentir lo que vale este sencillo refresco. ¡Ah! cuanto bendijo á Dios por haber conmovido el corazón de este hombre! No sé si faltándome el socorro que me ha dado hubiese podido soportar mucho tiempo este viage tan penoso.»

Al otro día al comenzar la noche, el coche se paró en un patio, en el fondo del cual se elevaba un grande edificio cuadrado y de un aspecto sombrío é imponente. Un hombre de edad, se presentó, abrió la portezuela, vendió los ojos á Eustaquia y la condujo á este edificio: la llevó de la mano al través de un corredor, y por último llegaron á un aposento situado en el segundo piso; allí quitaron la venda á la infortunada, la que se vió en una estancia cuyas ventanas estaban enrejadas, y cuyos muebles consistían en un miserable gergon, una mesita, y una silla. Eustaquia no pudo detener sus lágrimas al aspecto de esta prision, y rogó á su conductor la manifestase cual era el sitio donde se hallaba, mas éste último no se dignó responderle, salió bruscamente del aposento y cerró la puerta con estrépito. Cuando la desgraciada Eustaquia se vió sola, se echó sobre su cama para descansar de sus fatigas. Despues de una media hora de ansiedad, un criado abrió la puerta, depositó un poco de alimento sobre la mesa y se ausentó sin decir una palabra; Eustaquia no comió mucho, pero teniendo necesidad de dormir, se hincó de rodillas y dirigió á Dios la súplica siguiente:

—¡Oh Señor! Vos que velais sobre todas las criaturas, ya que á tus ojos nada hay oculto; echad una mirada de misericordia sobre una desgraciada, que se ve metida en un ca-

labozo, y separada del lado de sus tiernos padres.

—Todos somos inocentes, vos lo sabéis, Dios mío! ¡Dadnos fuerzas para soportar el rigor de las pruebas á que habeis querido someterme. Todo os es posible; podeis cambiar en alegría la tristeza que nos mata, reuniarnos cuando sea llegado el momento; no nos abandonéis.

Abundantes lágrimas acompañaron á este ruego: la pobre prisionera se acostó en seguida y el sueño vino bien pronto á cerrar sus párpados. Su sueño fué bastante tranquilo, y solo despertó á las ocho de la mañana del siguiente día.

Hacia mucho tiempo que el sol alumbraba la tierra, pero ninguno de sus benéficos rayos penetraba en el aposento de Eustaquia, cuyas ventanas daban al norte.

Su confianza en Dios y la vivacidad de su fé que reanimaba incesantemente con el recuerdo de las mercedes que había recibido y de las virtudes que había practicado hasta aquel día, podían solas sostenerla en estos momentos de angustia, y contrabalancear el peso de los dolores. En este calabozo, donde inocente y resig-

nada acababa de ponerse como á una criminal, y donde se veía privada de todos los consuelos, no cesaba de elevar su alma al cielo.

—¡Oh, poder sublime de la religion! ¡Oh, rezo encantador! ¿Quién siente mejor vuestro origen celeste que el infortunado á quien el mundo abandona, y que tiende hácia vos sus manos suplicativas? Los hombres pueden perseguirle, la injusticia cargarle de cadenas, pero queda Dios; los hierros que le encadenan, los soldados que le guardan no pueden impedirle sus comunicaciones con el cielo; sus suspiros atraviesan las barreras de la prision, su voz llega á la puerta de los tabernáculos celestes, y desde la altura del Eterno caen sobre él las gracias mas abundantes. Su cuerpo puede muy bien sucumbir al peso de las cadenas, pero su espíritu se lanza con las alas de la fé á aquellas regiones dichosas donde las lágrimas se secan, donde el alma se embriaga con las mas puras delicias y gusta una ventura que nadie sabría alterar. ¡Oh, religion! Puedas, tú, proteger siempre á los hijos de Adán y darles tus divinos consue-

(Se continuará.)



LA CATEDRA EN EL CAMPO.

Ó SOLACES DE UNA FAMILIA PROSCRIPTA.

MITOLOGIA.

(CONTINUACION.)

XIII.

Bato convertido en piedra de toque. Apolo tenia tanto gusto en tocar la flauta mientras guardaba los rebaños del rey Admeto, que un día se distrajo y dejó que se estraviasen: Mercurio los robó y los ocultó en un bosque donde nadie los vió entrar, excepto Bato, pastor de Pilos, que prometió guardar el secreto, á condición de que Mercurio le daria la mas bella becerra del rebaño. Poco tiempo despues, Mercurio, que desconfiaba de la promesa de Bato, volvió bajo la forma de un aldeano; le ofreció un buey y una becerra, si queria decirle donde estaba el rebaño de Apolo. Bato, estimulado por una recompensa superior á la otra, descubrió el secreto, y Mercurio indignado le metamorfoseó en piedra de toque.

Aglaura convertida en estatua de piedra. Hersé, hija de Cecrops, fué amante de Mercurio. Aglaura, hermana suya, celosa de esta preferencia, turbó los amores de este dios, dándola con su caduceo, y metamorfoseándola en piedra.

Júpiter y Europa. Europa, hija de Agenor, rey de Fenicia, juntaba á su belleza una blancura tan extraordinaria, que le decian que habia robado el afeite de Juno. Júpiter, prendado de sus encantos, se trasformó en toro

y se mezcló entre los rebaños de Agenor, en el momento en que aquella cogia flores con sus compañeras. Europa tuvo la imprudencia de sentarse sobre su lomo: el dios se precipitó al momento en el mar, y llegó á la isla de Creta, á nado, donde volvió á tomar su forma primitiva; la declaró su amor, y dió el nombre de Europa á la parte del mundo en que la habia llevado. Tuvo de ella dos hijos, Minos y Radamante.

Cadmo. Agenor mandó á sus hijos que buscasen á Europa, su hermana, y que no regresasen sin traerla consigo. Uno de ellos, llamado Cadmo, no pudiendo encontrarla, consultó al oráculo de Delfos, que en lugar de satisfacer á su pregunta, le mandó seguir la primera vaca que encontrase al salir del templo, y edificase una ciudad en el sitio donde aquella le condujese. Sus compañeros fueron devorados allí por un dragon; pero Cadmo dió muerte al dragon, y sembró sus dientes, por consejos de Minerva: de estos dientes nacieron hombres armados, que se mataron entre si, y no quedaron mas que cinco que le ayudaron á edificar la ciudad de Tebas.

Acteon convertido en ciervo. Hijo de Aristeo, nieto de Cadmo, tenia grande afición á la caza. Cierta dia pasó por una fuente, donde Diana se bañaba con sus ninfas; pero la diosa, avergonzada é irritada, le metamorfoseó en ciervo, y el desgraciado Acteon fué devorado por sus perros que ya no le conocieron.

Semélé, hija de Cadmo y de Her-

miona, fué amada de Júpiter y estuvo preñada de Baco. La celosa Juno, se introdujo en la residencia de Semele bajo la forma de una nodriza, y la aconsejó exijiese de su amante que se presentase á ella con todo su brillo y el esplendor de su gloria. Semele siguió este pérfido consejo, y Júpiter, que habia jurado concederle su petición, se presentó á ella armado de sus rayos. Semele fué al punto consumida por el fuego; pero Júpiter salvó al niño que llevaba aquella en su seno, y le escondió en su muslo, donde permaneció todo el tiempo que su madre hubiera debido llevarle en sus entrañas.

La ninfa Eco. Hija del Aire y de la Tierra, sabia divertir á Juno con sus discursos, y de este modo le impedía sorprender á Júpiter, pero aquella diosa, conoció su artificio, y la privó de la palabra, y desde este momento no pudo pronunciar mas que las últimas sílabas de las palabras. Amó á Narciso, sin lograr verse correspondida; entonces se retiró á lo interior de un bosque y no habitó mas que el recinto de las rocas; últimamente, consumida por el dolor, no le quedó otra cosa que los huesos y la voz, y los dioses la metamorfosearon en piedra.

Narciso convertido en flor. Narciso, hijo del río Celix y de la ninfa Liriope era un joven de una estremada belleza, y por consiguiente amado de muchas ninfas. Tiresias, predijo á su madre que seria desgraciado si se conocia á si propio. Regresando un día de la caza, vió su imagen en una fuente y se prendó de su semejanza: desesperado por no poder unirse al objeto fantástico de su amor, se secó de pena y se convirtió en la flor que lleva su nombre.

Baco y Penteo. Hijo de Equion y de Agavea, llegó á ser rey de Tebas despues de la muerte de su padre. Habiendo querido oponerse al culto de Baco, pereció víctima de su temeridad; las bacantes furiosas, entre las cuales

se encontraban su madre y sus tias, se lanzaron sobre él y le hicieron pedazos.

Las Mineidas. Alcitoe, Climene, é Iris, hijas de Mineo, rey de Orcomenes, habiéndose tambien burlado de las fiestas de Baco, y no habiendo querido interrumpir sus trabajos el día de las Orgias, el dios para castigarlas las convirtió en murciélagos, y sus vestidos en yedra.

Piramo y Tisbe. Piramo y Tisbe eran vecinos y se amaban tiernamente á pesar de la prohibicion de sus padres: los dos amantes no podian hablarse mas que en secreto y por una abertura que habian hecho á una pared comun. Cansados de tantos sufrimientos, resolvieron fugarse juntos y retirarse á un pais lejano. Se citaron fuera de la ciudad de Babilonia debajo de un moral al pie del cual estaba la tumba de Nino; Tisbe llegó á este sitio la primera, pero habiendo distinguido á una leona, huyó tan precipitadamente que dejó caer su velo, el cual despedazó la leona y le tiñó de sangre. Piramo habiendo llegado al mismo parage conoció al instante el velo, y creyendo que Tisbe habia sido devorada, se hirió con su espada. Tisbe volvió poco despues y encontró á Piramo moribundo, entonces cogiendo la espada fatal se la clavó en su corazón. Los frutos del moral bajo el cual pasó esta triste escena llegaron á ser negros, de blancos que eran antes.

Leucotoe y Clicia. Leucotoe, hija de Urcamo, rey de Asiria y de Eurinome, fué amada del Sol, quien tomó las facciones de su madre y obtuvo á favor de este disfraz un acceso fácil cerca de la princesa. Clicia; hermana de Leucotoe, que amaba al Sol, tuvo celos y descubrió á su padre la debilidad de Leucotoe; Urcamo irritado, la mandó enterrar viva; el Sol que no habia podido socorrerla, la convirtió en el árbol que produce el incienso, y Clicia fué metamorfoseada en una flor que se situa siempre de frente al Sol, y que por esta razon se llama tornasol.

Ino y Melicertes. Ino, hija de Cadmo, contrajo segundas nupcias, con Atamas, del cual tuvo dos hijos, Learco y Melicertes. No pudiendo amar á

los dos niños del primer matrimonio, Friso y Helea buscó medios para hacer que perecieran; pero Friso y Helea huyeron sobre el carnero del Vellocoino.



PERSEO Y ANDROMEDA.

de oro: enfurecido Atamas arrancó de los brazos de su esposa á su hijo Learco y le mató golpeándole contra una pared; Ino entonces desesperada, se precipitó en el mar con Melicertes, el único hijo que le quedaba, y fueron convertidos en dioses marinos por la intercesión de Venus: Melicertes fué llamado *Palemon*, é Ino, tomó el nombre de *Leucotoe*.

TOMO III.

Cadmo y Hermiona convertidos en serpientes. Cadmo, perseguido por Juno, huyó de Tebas, de cuya ciudad era fundador, y se refugió en Iliria con su esposa Hermiona ó Harmonia. Atribuyendo la causa de sus desgracias al dragon que había matado, suplicó á los dioses que le convirtieran en serpiente; su muger deseó el mismo cambio y los dos vieron cumplidos sus deseos.

18

Júpiter y Danae. Danae, hija de Acrisio, rey de Argos, fué encerrada desde muy jóven en una torre de marfil por su padre, á quien un oráculo habia predicho que pereceria por mano de su nieto. Júpiter convertido en lluvia de oro, se introdujo en la torre, é hizo á Danae madre de Perseo. Acrisio la mandó entonces arrojar al mar encerrada en un cofre con su hijo; pero ambos llegaron con felicidad á la isla de Lerifa, donde fueron salvados por varios pescadores.

Perseo, Medusa, Atlas y Andromeda. Luego que Perseo llegó á ser hombre, se distinguió por sus grandes proezas; habiendo tomado el escudo de Minerva y el casco de Pluton, y las alas de Mercurio, cortó la cabeza á Medusa. Medusa era una de las tres Gorgonas hijas de Forco, dios marino, y de Ceto, y la única de las tres que se vió sujeta á la vejez y á la muerte. De todos los atractivos de que se encontraba adornada, no tenia nada tan bello como los cabellos; pero Neptuno habiéndose metamorfoseado en pájaro la robó, y la trasportó al templo de Minerva, cuyo recinto profanaron. La diosa se irritó de tal manera que convirtió en serpientes los hermosos cabellos de Medusa, y dió á sus ojos el poder de petrificar á todos aquellos que mirase. Perseo dejó aquel país: de la sangre de Medusa nació *Pegaso*, caballo alado.

Atlas, rey de Mauritania, era propietario del jardín de las Hespérides, del cual confió la custodia á un dragón. Advertido por un oráculo que desconfiase de Júpiter, negó la hospitalidad á Perseo, y quiso echarle de sus estados; pero Perseo le presentó la cabeza de Medusa y le convirtió en montaña.

Perseo, fué en seguida á Etiopia, donde libertó á Andromeda, hija de Cefeo, rey de aquel país, y de Casiopea. La madre de Andromeda, habiéndose lisongeado de superar en belleza á las Nereidas, Neptuno envió un monstruo marino, que desolaba el país. El oráculo de Ammon, consulta-

do acerca de los medios que habia que emplear para apaciguar al dios de los mares, respondió que era necesario entregar á Andromeda al furor del monstruo. La jóven princesa fué atada á una roca por las Nereidas, y el monstruo ya se encontraba á punto de devorarla, cuando Perseo montado en el Pegaso le petrificó mostrándole la cabeza de Medusa; devolvió á Andromeda á su padre, y llegó á ser esposo suyo: las ramas de algunos arbustos se convirtieron en corales, porque habian caído encima de ellos algunas gotas de la sangre de Medusa.

Fineo, hermano de Cefeo, desesperado de ver á Perseo casarse con Andromeda, y que le habia sido prometida antes que la espusiesen al monstruo marino, resolvió turbar las nupcias. Reunió á todos sus amigos, entró en la sala del festin, y llevó allí el coraje y el horror. Perseo hubiera sucumbido por la superioridad de sus contrarios, si no hubiese recurrido á la cabeza de Medusa, con cuya vista se convirtieron en piedra Fineo y sus compañeros.

Pirineo y las Musas. Pirineo, rey de Fócida, habiendo encontrado á las Musas durante una tempestad, las acogió y las ofreció hospitalidad en su palacio; pero apenas entraron cuando Pirineo cerró las puertas y quiso violentarlas. Entonces ellas imploraron el auxilio de Apolo, tomaron sus alas y se volaron. Pirineo, con intento de seguirlas, subió á una elevada torre, desde la cual se lanzó creyendo poder volar como ellas; pero no habiendo podido sostenerse, cayó á tierra y se estrelló.

El padre Mateo iba á proseguir, pero fué interrumpido por la llegada de un criado de la quinta, que manifestó que á espaldas del edificio habia un soldado frances, que espresándose en mal español preguntaba al lego de la ermita por un sacerdote que pudiese auxiliar á un compañero suyo que se estaba muriendo en una cabaña situada no muy lejos de aquel sitio.

El padre Mateo, se levantó corrien-

do, ofreciendo á sus oyentes que el día siguiente proseguiría, y salió presuroso de la quinta á cumplir con uno de los deberes mas sagrados del sacerdocio.

Poco despues, supo la familia de don Casimiro, que el francés moribundo pertenecía á una partida del imperio, partida de las infinitas que con



EL P. MATEO Y EL SOLDADO.

distintos objetos recorrian ya los pueblos de Andalucía.

Eran cerca de las tres cuando el padre Mateo se despidió, lo cual sintie-

ron los niños de don Casimiro, y por eso aguardaron impacientes la llegada del siguiente día.

(Se continuará.)

APUNTES MORALES.

CONFESIONES DE UN ESCOLAR.

CAPITULO V.

(Continuacion).

Mi madre se admiraba de este nuevo lenguaje, y me preguntaba severamente lo que significaba aquello.

—No lo sé, mamá, contestaba yo, pero esto se dice en mi escuela.

—¿Y quién lo dice?

—Todos; mi amigo Leblino no habla nunca de otra manera.

—¿Y tú eres amigo de ese niño?

—Pues no he de serlo? Nunca nos separamos, y don Vicente le considera como á su mejor discípulo, y como al mas distinguido.

—¿El mejor discípulo? ¿es posible? ¿Y el mas distinguido? Lo dudo..... y yo quiero que tu dejes de relacionarte con él.

—¿Porqué, mamá? repliqué yo con el aire mas cándido del mundo; don Vicente le cita continuamente como el modelo de los demas, y ha felicitado que me haya hecho amigo suyo.

Mi madre que no comprendia mi segunda intencion, no respondió nada entonces, temiendo manifestarse en oposicion con el régimen de mi maestro, pero conoci en su fisonomia que nada de aquello le agradaba, y yo viendo los progresos de mi ardid, no podia menos de aplaudirme interiormente.

Mi abuelo, no podia soportar mi lenguaje con paciencia y exclamaba á menudo.

—Esto es intolerable, ¿cómo titubeas, hija mia, en sacar á Ildefonso de la escuela donde se ve espuesto á una educacion tan peligrosa?

—Pero, padre mio, vd. mismo me recomendó esa escuela.

—Lo confieso; pero ¿qué importa? tambien confieso que me he equivocado.

—¿Y sabe vd. la opinion, del general respecto á esto mismo? ¿Cómo nos gobernamos para que no se indisponga con nosotros?

A estas palabras mi abuelo guardaba silencio, pues no queria de ningun modo esponerse á una hostilidad con mi tio Justiniano, y este era el único obstáculo que me quedaba que vencer; pero no me atrevia á intentarlo, pues sabia que todos mis ardides se estrellarian contra su inflexible sagacidad. Pero la casualidad vino á mi socorro; el general debió aceptar una mision que le retenia unas seis semanas lejos de Madrid, y esta circunstancia, indiferente en la apariencia, hizo que ganase yo: vino el dia del santo de mi mamá; mi padre suplicó á mi maestro que me hiciese ejecutar algun trabajo, esto es, algun trozo de escritura, para presentarle á mi mamá. Don Vicente habia creído de su deber proscribir de su establecimiento, las fiestas, cumplimientos, trozos de escritura, etc., y para justificar su reprobacion se apoyaba en un razonamiento que no tenia réplica. «¿En que momento del dia quiere vd., decia, que me ocupe de eso? Para obtener de un discípulo un trozo de escritura digno de presentarse es menester consagrarse á él lo menos medio dia, y por un solo discípulo descuidar á 23 ó 30, y eso no es justo.» Sin embargo, el maestro consintió en hacerme ejecutar un trabajo, pero sin ejemplar. Con efecto, don Vicente doblegándose á esta exigencia de mi familia, quiso al menos hacer una cosa útil; y se

aprovechó de esta circunstancia para dar indirectamente y bajo el velo de la alegoría una lección á mi madre; yo me aprendí de memoria y copié exactamente, aquella bonita fabula de Bailly *La osa que ahoga á sus hijos á fuerza de ternura*: era la critica, pero fina y penetrante, de los cuidados ridiculos, y de la ternura imprudente y mal entendida que encontraba yo en mi familia.

Para juzgar mejor del efecto que produjo esta fabula en el ánimo de mis parientes, es preciso saber antes, que se habia organizado un festejo de familia para la celebracion del santo de mi madre. Mi tio Luciano, mi abuelo, mis primas, y algunos amigos reunidos en el salon con cierta solemnidad, esperaban que yo recitase mi fabula para pasar en seguida al comedor. Me presento, y sin comprender el epigrama que encerraba lo que yo digo, recito mi fabula apoyándome, como me lo habia enseñado don Vicente, en todos los puntos significativos, poniendo de este modo en relieve las intenciones de mi maestro y las del poeta.

Desde los diez primeros versos huyó la risa de todos los semblantes; mi madre se ruborizó y unos á otros se miraron con cierta especie de admiracion; pero pronto esta admiracion llegó á convertirse en indignacion, pues habia sido un grande atrevimiento por parte de don Vicente abusar de la candidez de mi edad, para que mis inocentes lábios espresasen la dureza que impunemente lanzaba contra mi madre bajo el escudo de un fabulista. Mi madre me abrazó diciendo:

—No sigas, querido; ya nos acabaras la fabula mas tarde; despues de comer.

En la mesa no se habló de otra cosa que de la audacia de don Vicente. Mi tio Justiniano, por mas que protestaba con su acostumbrada firmeza, ninguno le escuchaba; por último se impacientó, y levantando la voz, vibrándola casi como cuando hacia mover diez mil hombres con ella, dominó todas las conversaciones y consiguió que le atendiesen.

—Puesto que vds. no han tenido cuidado en hablar con franqueza delante de este niño, dijo, sin considerar los grandes inconvenientes que trae semejante conducta, pido á mi vez el permiso de manifestar mi pensamiento acerca de lo que pasa. Lejos de vituperar al maestro de Ildefonso, creo al contrario que su conducta es digna de elogio. Es un acto de valor, de razon y de juicio. Para decir la verdad se ha valido de un intérprete tan respetable, tan generalmente aceptado, de una autoridad tan conocida que es imposible haya otra. Además, ¿por qué una madre se ha de incomodar cuando le reconvienen por su exaltada ternura hacia su hijo, que siempre es peligrosa? Todas las madres son así, y los maestros ilustrados y bien intencionados *deben* procurar dirigir este sentimiento ó al menos modificarle; esta es una prueba de interés que da á sus discipulos, un testimonio de estimacion para las madres. De manera que exijo de vds. no me acusen de rebelde si me muestro en oposicion al parecer unánime, pues creo que don Vicente ha obrado con justicia, me parece que se le debe dar las gracias lo mas pronto posible, y al mismo tiempo desearia que todos nos conformásemos con esta leccion que hoy hemos recibido.

Así habló mi tio, si no en los mismos términos, al menos este fué en sustancia su discurso.

Segun costumbre se acogió respetuosamente su consejo, y desde entonces no se volvió á tratar de don Vicente ni de *la osa que ahoga á sus hijos á fuerza de ternura*.

Habiendo oido al general, la mayor parte de los presentes le dió la razon, y mi misma madre fué de este número porque tenia demasiado talento para pensar de otra manera. Unicamente don Higinio conservó rencor al pobre don Vicente: despues de la partida de mi tio Justiniano, que se verificó á la mañana siguiente, mi abuelo, repitió tan á menudo á su hijo lo ridiculo que era que yo continuase en aquella escuela, que atizó de nuevo la hoguera ya casi apagada.

y luego veremos la determinacion que se tomó.

La justicia que hago aquí á don Vicente, le compensará al menos del pesar que debió causarle la injusticia é ingratitud de mi familia, pues entre todos los maestros que he tenido, solamente á él he conservado estimacion y simpatia.

Mi madre, mas bien vencida por la obstinacion de don Higinio, que obedeciendo á sus sentimientos, consintió en que variase de maestro, y esta vez fué mi mismo padre, el que se tomó el encargo de descubrir una escuela conveniente para reconciliar los deseos de todos.

CAPITULO VI.

Con efecto, se aprovecharon de la ausencia de mi tío Justiniano para poner por obra la resolucion definitivamente tomada de variar de escuela. Mi abuelo habia visitado inútilmente todas las que existian en nuestra demarcacion, y no quiso ocuparse en adelante de este negocio; pero mi padre se acordó muy á propósito de un establecimiento de enseñanza que estaba á una media legua de distancia de nuestro domicilio; pero en concepto de mi padre, dejaba de existir este inconveniente por la precaucion que habia tomado el gefe de aquella escuela de pasar á buscar á sus discípulos en coche.

Se apresuró á visitar este establecimiento, y volvió encantado.

Sin ser muy grande el jardin de recreo, era, sin embargo, bastante bueno; las clases magnificas, los discípulos escogidos, y últimamente, el dueño de la casa, un caballero muy amable, de maneras muy distinguidas, y dotado de un talento no comun; mas lo que especialmente, le habia encantado, era el procedimiento ingenioso del cual usaba para convertir el trabajo en una especie de deleite para sus educandos. Bajo la direccion hábil y paternal de don Bernardo, los niños se instruian sin trabajo, y por decirlo así, jugando.

En fin, era cosa maravillosa; y este amable é ingenioso maestro, era el *non plus ultra*, el modelo de los demas profesores presentes, pasados y futuros. Por eso me inscribió al punto en la lista de aquella institucion, y pagó el primer trimestre con entusiasmo, y acto continuo.

Yo debia comer con los niños internos de aquella escuela, pues era imposible ir en busca mia, teniendo presente la gran distancia. Era yo un discípulo semi-interno, y pagaba 680 reales por trimestre, incluso el carruaje; era un poco caro, mas una familia rica como la mia, ¿debía pararse en el dinero, cuando se trataba de confiar su único hijo á unas manos tan hábiles? Ninguno en mi casa opuso la menor objecion á una eleccion tan acertada y feliz, y era una fortuna de la cual era preciso aprovecharse sin pérdida de tiempo. Por mi parte estaba encantado mas que nadie, aun cuando no tuviese presente mas que la media hora que iba á ir en coche todas las mañanas y todas las tardes.

Con efecto, al otro día á las ocho y media de la mañana, el carruaje de la institucion de don Bernardo se paró á mi puerta; era un hermoso coche tirado por dos magnificos caballos. Los primeros dias marchó la cosa muy bien; el coche se paraba exactamente á las ocho y media de la mañana, y á las cinco y media de la tarde; pero á la segunda semana, se paró á las nueve, luego á las nueve y media, y después á las diez.

Por la tarde, nos metiamos en el carruaje á las cuatro, abreviando así la clase una hora para los semi-internos, y el último no llegaba á su casa ni á las siete, y el entusiasmo de mi padre comenzó á decaer visiblemente. ¿Qué hubiera dicho mi familia si hubiese sabido que yo no llegaba á la escuela sino á las once para salir á las cuatro? Es decir; yo no tenia mas que tres horas de clase al día. Pero estas escursiones nos gustaban, y nos habíamos guardado muy bien de instruir á nuestros padres de los inconvenientes que resultaban de ella; los niños,

y sobre todo los escolares, obran de este modo; disimulan cuidadosamente los defectos de su escuela, con tal de que los maestros procuren lisongear sus gustos; esta es la esplicacion que

puede darse del buen éxito de ciertos establecimientos de enseñanza, que están muy distantes de merecerlo.

(Se continuará).

JUAN FRANCISCO EL INDEPENDIENTE.

NOVELA INFANTIL.

§ IV.

(CONCLUSION).

Cuando Francisco y Pablo despertaron á la siguiente mañana, ya era tarde; en un principio les costó trabajo reconocerse; pero despues de haber reunido sus ideas, se acordaron de todo cuanto habia pasado. Asustados y arrepentidos de haberse escapado, corrieron á la playa, esperando que alguna embarcacion hubiese salido en su busca; pero al llegar á un punto desde el cual divisaban todo el mar, vieron con asombro que la fragata habia desaparecido.

Una tempestad que se habia levantado aquella noche, obligó á la fragata á volver á tomar su rumbo: el capitán Ribera procuró volver á la isla, pero todos sus esfuerzos eran inútiles, pues el viento contrario no le favorecia; por último, temiendo comprometer á la *Felicidad*, si prolongaba su residencia en aquellos parages, y pensando por otra parte que ya no era tiempo de socorrer á los hermanos, los que creia que sin duda habian ya perecido, se decidió á continuar su camino.

Juan y Pablo, esperanzados en el regreso de la fragata, permanecieron algunos dias apostados en la playa;

pero habiendo trascurrido una semana, perdieron completamente la esperanza de poderse salvar.

Esto fué en un principio para ellos una cruel desesperacion, pues á pesar de la resolucion que habian tomado pocos dias antes bajo la influencia del néctar que los habia embriagado, y las promesas hechas á Ove, no pudieron acostumbrarse á la idea de no volver á España.

Sin embargo, pasado el primer dolor, Juan Francisco tomó resueltamente su partido, porque efectivamente, existia en esta naturaleza indomable cierta energia, cierta elasticidad, que le hacia adecuado á soportar todos los reveses: hasta procuró persuadirse que todo aquello sucedia para mejorar de situacion, y repelia al jorobado:

—Pablito, no hay mal que por bien no venga.

—Corriente, respondió Pablo mirando á su hermano.

—Ultimamente, dijo á Pablo, que tenia la cabeza baja y el corazon oprimido; nosotros no podiamos vivir mas tiempo á bordo. El capitán era un tirano, el tío Flocho un animal á quien de buena gana hubiese yo dado de pinchazos con alfileres: de modo que aqui podemos vivir á nuestro gusto y esto indemniza lo demas. Acuérdate de lo que siempre te he dicho, Pablito; yo quiero ser independiente.

—Bueno, respondió tristemente el jorobado, seamos independientes.

Y ambos tornaron a la cabaña del gefe Ove.

Juan Francisco le dijo que queria pertenecer á su tribu, y ser su amigo como en otro tiempo lo habia sido Daniel.

Ove manifestó una grande alegria.

—Uno de nuestros hermanos, hoy justamente va á recibirse guerrero, dijo; nuestros amigos blancos verán con que condiciones se forma parte de la tribu de los carugas.

Juan y Pablo se miraron.

—Tengo miedo, hermano, dijo este á media voz, pues van á exigirnos que nos quitemos los calzones y vamos á enseñar el.... ¡Que vergüenza!

—¿Y eso que importa? dijo Francisco; así estaremos mas frescos, y mas independientes, pues la ropa tambien nos pone condiciones á las cuales he estado por revelarme.

—Pero querrán que nos pintemos de aceite, como ellos.

—Mejor, con eso nos preservaremos de los picotazos de los mosquitos.

—Ademas, observó Ove que los habia escuchado, es menester que un *caruga* reconozca á su hermano segun la manera con que está pintado.

—Enhorabuena, murmuró Pablo, pero yo desearia que la independencia salvage permitiese llevar calzones.

No obstante, la tribu se reunió, y el jóven que se presentaba para ser recibido entre los guerreros fué llevado y se sentó en el suelo en medio de la asamblea.

Su padre se aproximó á él y pronunció un largo discurso, en el cual le exhortaba á combatir valerosamente al enemigo, y á soportar con paciencia todos los trabajos que pudieran sobrevenirle, para probar por este medio que era un verdadero caruga. En seguida tomando un *mancefenil* dió con él sobre su hijo hasta que la cabeza del ave de rapiña cayó sobre la del jóven. Entonces armándose de los dientes cortantes de un *acuty* le cortó la piel en todos sentidos, frotó sus heridas con el *mancefenil* que se habia sumergido en un tarro que conte-

nia jugo de pimienta, y concluyó últimamente por hacerle comer el corazón del ave.

El jóven que habia soportado tan dolorosas torturas sin lanzar ni una queja, fué puesto en seguida en una cama de algodón, donde su padre le anunció que ayunaria cinco dias, y al cabo de este tiempo debia ser declarado guerrero y digno de cazar y de combatir al lado de los carugas.

Los dos hermanos habian visto toda esta ceremonia con una curiosidad mezclada de espanto y compasion. Cuando terminó:

—¿Han visto esto mis hermanos blancos? preguntó Ove.

—¿Y sin estas pruebas, no se puede formar parte de vuestra tribu? preguntó Juan.

—No, respondió el gefe; pues estas pruebas son las que nos aseguran el valor de los jóvenes. Los cobardes no pueden nunca llegar á ser carugas.

—De buena gana, murmuró Pablo, hubiese aceptado la pintura de *rocou* á guisa de calzones; pero hermano...! picar mi joroba como un bordado, y ponerla despues en salsa picante... eso es mil veces peor que el *gato de nueve colas* del señor Flocho.

Juan Francisco no respondió nada, pero tampoco le gustaba mucho lo que veia.

Ambos hermanos asistieron á la fiesta que dieron los padres del jóven que acababa de ser recibido guerrero; pero cuando se vieron solos:

—Nosotros no podemos permanecer entre estos brutos, Pablito, dijo Juan Francisco. Ahora conozco que en todas partes encontramos lo mismo: en la clase de latinidad, palmeta, y encierro; á bordo de la fragata, disciplinazos; aquí, quieren meter nuestros cuerpos en salmuera de pimienta; y así, puesto que en todas las partes donde los hombres se reunen, es preciso experimentar tirania, marchémosnos á los bosques; la tierra, el cielo y el agua, nos suministrarán todo cuanto suministran á los salvages... ¡Vaya al demonio la tribu, y vivamos solos para ser independientes!

Pablito tenia grande aficion á sus

calzones y especialmente á su piel, para no agradarle este consejo; de suerte, que aprovechándose de la embriaguez de los carugas, aquella misma noche se escaparon del valle.

Atravesaron muchas cordilleras de montañas, y muchos valles, y por último llegaron al cabo de algunos dias á una esplanada vasta y elevada, desde donde distinguieron toda la isla, así como el mar que la rodeaba.

Esta esplanada estaba poblada de árboles cargados de frutos; un murmurante arroyuelo regaba estos árbo-

les, que contenian batatas y yucas que progresaban sin cultura, y los hermanos juzgaron que nunca encontrarían un sitio mas conveniente.

En su consecuencia, recogieron ramas secas, tierra, hojas de árboles y fabricaron una choza lo mejor que pudieron, para guarecerse: tambien con hojas se hicieron dos camas.

Despues se fabricaron arcos de palmito, y flechas de bambú armadas con una fuerte espina de pescado; pero estuvieron mucho tiempo sin poderse servir de estos instrumentos, porque



FIESTA DE LOS CARUGAS.

les faltaba destreza para herir con ellos las aves; pero dichosamente, la pesca, los frutos y las raices que arrancaban de la tierra les bastaron para alimentarse.

S. V.

Algunos meses trascurrieron de esta manera. Juan Francisco hizo todo lo posible para tomar gusto á esta vida salvaje, y para persuadirse de que la libertad que gozaba era ya bastan-

te á su felicidad; pero á pesar de sus esfuerzos, comenzaban á apoderarse de él la tristeza y el desaliento; le era insoportable esta soledad. Ademas tuvo que sufrir males que no habia previsto: su vestido, lo mismo que el de su hermano, se iban convirtiendo en girones, y sufrían á un mismo tiempo el escesivo calor del dia, y el frio de la noche. Para colmo de desgracias, un furioso huracan, se llevó la cabaña; el arroyo donde habian pescado hasta entonces se secó de re-

pena, faltaron los yucas y vino el hambre.

Pablo, que no era tan robusto como su hermano, no pudo resistir á tantas privaciones y fatigas, y cayó peligrosamente enfermo.

Hasta este momento Juan Francisco habia luchado valerosamente contra la miseria, pero cuando vió á su hermano tendido en su cama de hojas, con la vista estraviada, sin voz y casi sin aliento, perdió todo su valor, y sentándose en el suelo, ocultó su cabeza con sus dos manos, y se puso á llorar amargamente.

Pablito le oyó y le llamó.

—¿Por qué lloras, hermano? le preguntó con voz debilitada.

—Porque por causa mia te encuentras en este estado, respondió Juan Francisco.

—No digas tal cosa, murmuró el jorobado.... ¿No he consentido yo en venir contigo?

—No, no, exclamó Juan con desesperacion; por cariño hacia á mi me has seguido; porque yo no podia someterme á nadie hemos dejado el puerto de Cádiz, y luego nos hemos escapado de la fragata... Yo hubiese deseado hallar un lugar donde hubiésemos sido enteramente libres, mas ahora comprendo que esto no es posible.... Allí nos mandaban nuestros parientes ó nuestros superiores; aquí nos dominan el hambre, el calor y la enfermedad. Lo que yo llamaba independencia es el aislamiento, y el aislamiento es peor que todos los males de la tierra. Si viviésemos ahora en algun pais habitado, ó á bordo ó hasta entre los carugas, tendrías remedios para calmar tus sufrimientos, mientras que aquí no puedo hacer otra cosa que desesperarme y llorar. ¡Oh! ¿por qué no he conocido mas pronto mi error?

—Muchas veces he pensado lo mismo que dices, baluceó Pablo; y siempre que tu decias: «quiero ser independiente,» me parecia oírte decir, «quiero vivir para mí solo, y tener razon contra todo el mundo.» Pero si entonces te hubiese manifestado mi pensamiento, hubieses creído que lo hacia por no acompañarte.

—¡Querido Pablo! exclamó Juan abrazando á su hermano; ¿cómo reparar el mal que hecho? ¡Ah! que no pudiera yo volverte á nuestra familia aun cuando fuese á costa de mi sangre!... ¡Dios mio! y no tendreis compasion de aquellos que se arrepienten?

No habia acabado de pronunciar estas palabras, cuando se oyó á lo lejos un sordo ruido..... Pablo abrió los ojos.

—¿Has oído, hermano? preguntó.

—¿El que?

—Escucha.....

Y se oyó un cañonazo.

—¡El cañon! exclamó Juan Francisco, dando un salto y como loco de alegría.

—Es un navio, hermano.

No quiso esperar mas, y salió á la puerta de la cabaña. Con efecto, se adelantaba un navio á velas tendidas, con la popa hacia la isla.

De repente concibió Francisco un dichoso pensamiento: cogió un tizo de la hoguera y corrió á un conjunto de árboles apiñados y secos que se elevaba sobre lo mas empinado de aquel parage y los prendió fuego. Al instante la llama activada por el viento se elevó como una gran columna de fuego.

Al mismo tiempo Francisco se habia colocado al pie de la inmensa hoguera... El navio se detuvo, y una chalupa salió con direccion á tierra, pues habian distinguido á Juan.

Este voló á la choza y se echó á cuestras á su hermano que deliraba con la fiebre y la alegría, y se encaminó hacia la orilla con la presteza que le permitia la carga que llevaba.

Cuando llegaron la pequeña tripulacion de la chalupa habia ya desembarcado. Francisco sintió que sus piernas desfallecian: un velo cubria sus ojos y le impedía distinguir á las personas que se adelantaban, y por ultimo, cayó á los pies de sus salvadores.

—Dios me condene si no es el que yo me pensaba, exclamó una voz conocida.

—¡Señor Flocho! dijo Juan.... y se desmayó de fatiga y de emocion.

Levantaron á los hermanos y fueron transportados inmediatamente á la cha-

lupa y desde esta á la fragata, donde todo se esplicó. Juan Francisco refirió primero sin ocultar nada lo que habia sucedido. En cuanto al regreso de *la Felicidad* á estos sitios no fué un caso fortuito: el capitán Ribera, despues de haber hecho su comision, quiso volver á pasar cerca de la isla, para saber, si era posible, la suerte de los dos hermanos, y ya hemos visto como la casualidad favoreció tan difícil indagacion.

Los cuidados que se consagraron

hacia Pablo le salvaron, y desembarcó sano en Cadiz, con su hermano Juan; pero la esperiencia le habia corregido de un todo de aquella especie de orgullo que hasta entonces le habia hecho incorregible, y llegó á ser tan sumiso como antes rebelde, de modo que cuando hablaban delante de él de independencia, tenia la costumbre de decir. — La verdadera independencia consiste en la pronta obediencia del deber.

CUENTOS PARA LOS NIÑOS.

DEL VALOR DE LA AMISTAD.

Dos marinos, el uno español y el otro francés, estaban cautivos en Argel: el primero se llamaba Antonio, Roger era el nombre de su compañero de cautiverio. La casualidad quiso que estuvieran empleados en los mismos trabajos. La amistad es el consuelo de los desgraciados. Antonio y Roger probaron todas sus dulzuras: se comunicaron sus penas y pesares: hablaban juntos de sus familias, de sus patrias, de la alegría que experimentarían si algun dia se viesen libres: lloraban en fin el uno en el seno del otro y bastábales este alivio para soportar sus cadenas con mas valor, y para sostener las fatigas á que estaban condenados.

Trabajaban en la construccion de un camino que atravesaba un monte. El español un dia se detiene, deja caer lánguidamente sus brazos y echa una mirada sobre la mar: amigo mio, dijo á Roger con un profundo suspiro, todos mis deseos se encierran en esta vasta estension de agua, ¿que no pueda pasarla contigo! Me parece estar viendo siempre á mi muger y á mis hijos que me tienden sus brazos desde la costa de Cadiz, ó que lloran mi

muerte. Antonio estaba absorto en esta imágen molesta: siempre que volvía al monte, paseaba con su vista melancólica el inmenso espacio que le separaba de su pais y formaba los mismos sentimientos.

Un dia abraza con delirio á su compañero: descubro un barco, amigo mio, le dice, espera, mira, ¿no lo ves así como yo? No llegará acá, porque huyen de las bahías de los bárbaros; pero mañana, si tú quieres, nuestros males acabarán, seremos libres! Si, mañana, Roger, ese navio pasará á dos leguas poco mas ó menos de la costa, y entonces desde el alto de estas peñas nos precipitaremos á la mar, alcanzaremos al navio, ó pereceremos: ¿la muerte no es preferible á una cruel esclavitud?

— Si puedes salvarte, respondió Roger, sufriré con mas paciencia mi desgraciada suerte: no ignoras, Antonio, cuanto te aprecio: esta amistad que me une á tí, no se acabará sino con mi vida: solo un favor te pido, amigo mio, vé á hallar á mi padre.... si el pesar de mi pérdida y su vejez no le han hecho morir, dile....

— ¿Qué vaya á buscar á tu padre, mi querido Roger, ¡ah! que piensas hacer? ¿me seria posible ser dichoso, vivir un solo instante, si tú quedases esclavo?..

—Pero, Antonio, yo no sé nadar y tú sí.

—Se amarte, replicó el español, deshaciéndose en lágrimas y apretando á Roger contra su pecho, mi vida es la tuya, nos salvaremos los dos: si, la amistad me dará fuerzas, tú estarás afianzado á mi ceñidor.

—Es inútil, Antonio, pensar en ello, no tendría valor para esponerme á hacer perecer á mi amigo: la idea sola me inspira horror: ese ceñidor se me escaparía, ó te arrastraría conmigo, y sería la causa de tu pérdida.

—Bien, Roger, nosotros.... pero para que formar estos temores, te lo he dicho, la amistad sostendrá mi valor, te amo demasiado para que no haga milagros, deja de combatir mi destino, lo he resuelto: observo que los monstruos que nos guardan, nos espían y no faltan algunos aun entre nuestros compañeros que serían bastante viles para hacernos traicion. A Dios, oigo la campana que nos llama, es preciso separarnos, á Dios mi querido Roger, hasta mañana.

Los encierran en su baño. Antonio estaba satisfecho de su proyecto: imaginábase haber traspasado el Mediterráneo; libre y en el seno de sus compatriotas, le parecía estar en los brazos de su muger é hijos. Roger se figuraba un cuadro muy diferente: su amigo, víctima de su generosidad, sumergido con él en el fondo de la mar, pereciendo en fin, cuando quizá, no ocupándose sino de su sola conservación, hubiera podido salvarse y volverse á una familia, que según las apariencias lloraba y estaba padeciendo por su cautiverio: no, se decía en su corazón el desventurado francés, no cederé á las sollicitaciones de Antonio: no le causaré la muerte en recompensa de la amistad tan generosa que me profesa: será libre: mi desgraciado padre sabrá á lo menos que vivo todavía, que le amo siempre: ay! yo debía ser el apoyo de su vejez y consolarle: le soy necesario: quizá en este momento espira en la indigencia, deseando ver y abrazar á su hijo.... Vamos, que Antonio sea dichoso y morirá con menos dolor.

No fueron la siguiente mañana, á la hora acostumbrada á sacar los cautivos de la prision: el español estaba devorado de impaciencia, y Roger no sabía, si regocijarse ó afligirse de este contratiempo. En fin, los llevan á sus trabajos; pero no podían hablarse pues su amo les habia acompañado aquel día. Antonio se contentaba con mirar á Roger y suspirar: algunas veces le enseñaba con sus miradas el mar, y no podía á esta vista contener los movimientos que estaban para escaparle. Llega la tarde y se hallan solos: aprovechemos el momento, exclama el español, dirigiéndose á su compañero, ven.

—No, amigo mío, nunca podré resolverme á esponer tu vida, decía Roger: á Dios, á Dios.... Antonio, yo te abrazo por la última vez: sálvate, te lo suplico encarecidamente, no pierdas tiempo, acuérdate siempre de nuestra amistad: te ruego solamente me hagas el servicio que me has prometido con respecto á mi padre; debe ser muy viejo, muy digno de lástima, vé á consolarle y si tuviera necesidad de algunos secorros.... amigo mío....

A estas palabras cayó Roger en los brazos de Antonio, vertiendo un torrente de lágrimas: su alma estaba conmovida. Tú lloras, Roger; no hacen falta lloros, sino valor: si tardamos un minuto mas, somos perdidos; quizá no se nos proporcione nunca otra ocasion; escoge, ó me dejas que te conduzca, ó me estrello contra estas rocas.

El francés se lanza al cuello del español, quiere hacerle consideraciones, manifestarle los peligros infalibles que corre, si se obstina en salvarle con él; pero Antonio le mira tiernamente, le abraza, se sube á la cima de una peña y se arroja con él á la mar: van desde luego al fondo y vuelven en seguida á la superficie. Antonio se arma de todas sus fuerzas, nada reteniendo á Roger, quien parece que se opone á los esfuerzos de su amigo y teme arrastrarlo en su caída.

Las personas que estaban en el barco, se admiraban de un espectáculo que no podían distinguir: creían que un monstruo marino se aproximaba

al navio. Un nuevo objeto distrae su curiosidad: aperciben una chalupa que se apresuraba á dejar la ribera, y á perseguir precipitadamente lo que habian tomado por algun pez monstruoso: eran los soldados encargados de la custodia de los esclavos, quienes se deshacian por alcanzar á Antonio y á Roger. Este los veia venir, y al mismo tiempo mira á su amigo que principiaba á cansarse: hace un esfuerzo, y se suelta de Antonio, diciéndole: Nos persiguen, sálvate y déjame perecer, que retardo tu curso. Apenas dice estas palabras, cuando cae al fondo del mar. Un nuevo éxtasis de amistad reanima al español, se arroja hácia el francés, le agarra en el momento que perecia, y ambos desaparecen.

La chalupa, sin saber qué camino seguir, se habia detenido, mientras que un bote, enviado por el navio, iba á reconocer lo que no habian sino vislumbrado; las olas comienzan á moverse. Ven por fin á dos hombres, de los cuales el uno, que tenia asido al otro, se esforzaba en nadar hácia el bote. Hacen fuerza de remos para volar á su socorro. Antonio estaba á punto de dejar escapar á Roger: oye que le gritan desde el bote, estrecha á su amigo, hace nuevos esfuerzos, y se afianza con mano desfallecida á un costado del bote. Falta poco para que vuelva á caer; pero detienen á ambos: las fuerzas de Antonio se habian agotado, y solo puede exclamar: Dad socorro á mi amigo, yo muero; y todos los horrores de la muerte se difunden sobre su rostro. Roger, que estaba desmayado, abre los ojos, levanta la cabeza y ve á Antonio tendido á su lado y sin dar ninguna señal de vida: se arroja sobre su cuerpo, le abraza, le inunda con sus lágrimas, da mil gritos: ¡Amigo mio, mi bienhechor, yo soy tu asesino! mi querido Antonio, ya no me oyes: ¿es esta, pues, la recompensa de haberme salvado la vida? ¡Ay! que se apresoren á quitarme esta vida desdichada que no puedo soportar habiendo perdido mi amigo.

Roger quiere matarse, mas le qui-

tan una espada que habia cogido para este efecto; refiere los pormenores de su aventura á los marineros del bote en medio de sollozos, y despues caia de nuevo sobre el cuerpo de Antonio, y decia: No impedirme el morir: si, amigo mio, voy á seguirte, añadia, cubriendo el cuerpo pálido con sus lágrimas: tened compasion en el nombre de Dios, dejadme morir.

El cielo, que sin duda se compadecia de las lágrimas de los hombres cuando son sinceras, parece dar una señal conocida de su bondad en favor de un sentimiento tan poco comun. Antonio da un suspiro, Roger lanza un grito de alegría, se reunen á éste para socorrer al desdichado español; por fin abre sus ojos moribundos; sus primeras miradas van á fijarse sobre el francés, y apenas le ve, cuando esclama: ¡He podido salvar á mi querido Roger!

El bote llega al buque; estos dos hombres inspiran una especie de veneracion á la tripulacion; ¡tan cierto es que la virtud tiene influencia sobre todos los corazones! escitan un interés poderoso: todos se disputan el placer de hacerlos favores. Roger llega á Francia, corre á abrazar á su padre, quien faltó poco para que muriese de alegría, y fué nombrado gondolero de Versalles. El español, á quien habian ofrecido un destino muy ventajoso para un hombre de su estado, quiso mas reunirse con su muger é hijos; pero la ausencia no disminuyó nada su amistad, y tuvo correspondencia con Roger. Estas cartas son verdaderos modelos de sencillez y de ternura; algun dia podrán publicarse en honor de una amistad que produjo tantas heroicas acciones.

RASGO DE AMOR FRATERNAL.

ANÉCDOTA PORTUGUESA.

En 1583, las tropas portuguesas que iban á las Indias naufragaron. Parte llegaron á la Cafreria, y parte se embarcaron en una lancha construida con los restos del navio. El pi-

loto, reparando que la embarcacion iba demasiado cargada, hizo presente al gefe, Eduardo Mello, que iria á pié que si no se arrojaba al agua doce victimas. Tocó en suerte entre otros á un soldado cuyo nombre no ha conservado la historia. Su jóven hermano cayó á las rodillas de Mello, y pidió con instancias tomar su lugar. Mi hermano, dijo, es mas capaz que yo: alimenta á mis padres y hermanas, si le pierden morirán de miseria: conservadles la vida conservando la de mi hermano, y hacedme perecer á mí, que no puedo servirles de nada. Mello consintió é hizo que le echasen al mar. El jóven siguió á la lancha nadando por espacio de seis horas, al cabo de las cuales la alcanzó. Le amenazaron con que le matarian si intentaba introducirse en ella. El amor de la vida triunfó de la amenaza; se aproximó, quisieron herirle con una espada; pero él la cogió y detuvo hasta entrar. Su constancia movió á todos; en fin, le permitieron quedar con ellos, y de este modo consiguió salvar su vida, juntamente con la de su hermano.

OTRO.

El hijo de un rico comerciante de Lóndres, se habia entregado en su juventud á todos los excesos, con los que incomodó á su padre, cuyos consejos despreció: el anciano, poco antes de acabar su carrera, desheredó á su hijo y murió. Dorval, pues así se llamaba el jóven, instruido de la muerte de su padre, hizo serias reflexiones, entró en sí, y lloró sus pasados estravíos. Supo bien pronto que habia sido desheredado; pero esta noticia no sacó de su boca ninguna palabra injuriosa á la memoria de su padre, sino que la respetó aun en el acto mas desventajoso á sus intereses, y dijo solamente estas palabras: yo lo he merecido. Esta moderacion llegó á los oídos de Geneval su hermano, que contento al ver el cambio de costumbres de Dorval, fué á hallarle, le abrazó y dirigió estas palabras memorables para siempre: Hermano mio, nuestro padre comun, por su testa-

mento, me nombró su legatario universal; pero él solo quiso escluir al hombre que eras entonces, y no al que hoy eres, y por eso te entrego la parte que te se debe.

EL PERRO DE AUBRY

DE MONT-DIDIER.

Bajo el reinado de Carlos V, rey de Francia, un hombre llamado Aubry de Mont-Didier, pasando solo en el bosque de Bondy, fué asesinado y enterrado al pie de un árbol. Su perro estuvo varios dias sobre su sepultura y no la dejó, sino obligado por el hambre: volvió á París, á casa de un amigo íntimo de su desgraciado dueño, y por sus tristes ahullidos, parecia que le anunciaba la pérdida que habia hecho. Despues de comer, empieza nuevamente á ahullar, va á la puerta, vuelve la cabeza para ver si le siguen, viene otra vez donde el amigo de su amo y le tira del vestido, como para decirle que vaya con él. La singularidad de los movimientos de este perro, su venida sin su amo, de quien nunca se separaba; este dueño que habia desaparecido repentinamente, y quiza esta distribucion de justicia y casualidad, que pocas veces permite que los crímenes queden ocultos por mucho tiempo, todo esto hace que sigan al perro. Luego que llegó al pié del árbol, redobló sus ladridos, escarvando la tierra, como para dar á entender que se busque en aquel lugar. Cavaron allí, y hallaron el cadáver del desgraciado Aubry.

Algun tiempo despues vió el perro casualmente al asesino, á quien todos los historiadores nombran el caballero Macario: le saltó al cuello y costó mucho hacerle soltar su presa. Siempre que le encontraba, le atacaba y perseguía con furor: el encarnizamiento del perro solo contra este hombre, comienza á parecer extraordinario. Recuerdan el amor que el perro habia mostrado hácia su amo, y al mismo tiempo varias ocasiones, en que el señor Macario habia dado pruebas de

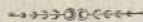
su odio y envidia contra Aubry de Mont-Didier: algunas circunstancias aumentaron las sospechas. El rey, instruido de todo lo que se hablaba, hizo venir al perro que pareció sosegado hasta el momento en que viendo á Macario en medio de unos veinte cortesanos, ladró y quiso arrojarle sobre él.

En aquel tiempo mandaban que combatesen el acusador y el acusado, cuando las pruebas del crimen no eran convincentes: estos combates se llamaban Juicios de Dios, porque estaban persuadidos que el cielo haría antes un milagro que dejar sucumbir á la inocencia. El rey, movido por todos los indicios que se reunían contra Macario, juzgó que había motivo para la pelea, es decir, ordenó el desafío entre el caballero y el perro. El campo cerrado se señaló en la isla de N. D, que entonces era un terreno inculto y desierto.

Macario estaba armado con un palo grueso, el perro tenía un tonel con un agujero para su retirada y acometidas. Le sueltan, al momento corre, da vueltas alrededor de su adversario, evita sus golpes, le amenaza ya por un lado, ya por otro, le fatiga, y

en fin, se arroja sobre él le coge por el pescuezo, y le obliga á confesar su crimen en presencia del rey y de toda su corte.

La memoria de este perro ha merecido ser conservada á la posteridad, por un monumento que subsiste todavía sobre la chimenea de la sala grande de Montargis; pero añadimos que es preciso saber que este hecho histórico está allí efectivamente consignado, habiendo el tiempo casi destruido el cuadro donde está representado.

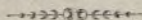


Cierto general, nada valiente, tenía por costumbre ponerse el sombrero de manera, que quedaba siempre la escarapela á la parte de atrás. Hé ahí una escarapela, dijo un día uno de sus oficiales, que ha visto bastantes veces al enemigo.



SENTENCIAS DE ANTISTENES.—Tiene mas cuenta caer en manos de los cuervos, que en manos de los aduladores, porque aquellos solo hacen mal á los muertos, y los otros devoran á los vivos.

HISTORIA NATURAL.



LA HIENA.



En la parte meridional de la isla de Meroe existe una hiena mucho mayor y mas abultada que la de Berberia, y que á proporcion tiene tambien el cuerpo mas largo y el hocico mas prolongado y mas parecido al del perro, de suerte, que abre mucha mayor boca. Este animal tiene tanta fuerza, que con facilidad arrebata á un hombre y le lleva á distancia de una ó dos leguas sin dejarle tocar en tierra. Su pelo es

muy áspero, mas pardo que el de las otras hienas, y las fajas trasversales mas negras, y su crin no se eriza hacia la parte de la cabeza, sino hacia la cola.

Este animal salvage y solitario habita en las cavernas de las montañas, en las hendiduras de los peñascos, ó en las cuevas que él mismo abre debajo de tierra: es de índole feroz, y aunque se coja muy pequeño nunca se domestica: vive de presa como el lobo, pero es mas fuerte y parece mas atrevido que él: á veces acomete á los hombres, y se tira al ganado, sigue de

cerca á los rebaños, y muchas veces, rompe por la noche las puertas de los establos y las empalizadas de los rediles: sus ojos brillan en la oscuridad, y se pretende que ve mejor de noche que de día.

La hiena se defiende del león, no teme á la pantera, y acomete á la onza, la cual no la puede resistir: cuando la falta presa socava la tierra con los pies, y saca á pedazos los cadáveres de los animales y de los hombres, los cuales, en el país en que habita, se entierran igualmente en el campo. Se halla en casi todos los climas calientes de África y Asia. La hiena se ha propagado mucho en Abisinia, y desde el crepúsculo de la tarde hasta rayar el día, la ciudad de Gondar se encuentra llena de estos animales que acuden á devorar los cadáveres que aun no se les ha dado sepultura, y que existen en las calles y lugares públicos.

Dice un viajero, que ha llegado el caso de tener que combatir con uno

de estos animales que habia penetrado en su tienda, y que frecuentemente estas fieras devoraban algunas de sus bestias de carga. Las hienas no andan en manadas, sino cuando olfatean la carne, que entonces se reúnen.

Cuando llega la noche, la hiena sale de su madriguera, y entra en combate con todo ser viviente que halla á su paso: busca las cabañas y los lugares habitados: el fétido olor de los cadáveres las atrae desde muy lejos: con sus garras abre las sepulturas, y se ceba comiendo los cuerpos ya corrompidos. Pocos animales hay de quien se hayan formado tantas historias absurdas como de éste. Se ha dicho que sabia imitar la voz humana, retener los nombres de los pastores, llamarlos, encantarlos, pararlos, hacerlos inmóviles, y al mismo tiempo obligar á los pastores á huir, hacerlos olvidar sus rebaños, y volverlos locos de amor, etc. Parece que Plinio era el que se complacia en contar estas fábulas.



LA HIENA.